

Tres caras del ocio

Emmanuel Carballo

El bolero, el futbol y la lucha libre son tres manifestaciones populares en las que Emmanuel Carballo —uno de nuestros críticos literarios más rigurosos y explorador infatigable del imaginario mexicano— encuentra dimensiones trágicas, rituales y míticas.

I. COMUNICACIÓN ENTRE DESESPERADOS

El bolero nació, creció, alcanzó la madurez y supo de los achaques de la edad provecta como acompañante de hombres y mujeres que vieron en él imágenes posibles de su propio yo, metáforas de un futuro menos imperfecto o remembranzas de un pretérito que, por cumplido, les pareció digno de ser recordado.

El bolero fue, y sigue siendo para un público cada vez menos amplio, de mayor edad, el oficial del registro civil que anota nacimientos, defunciones y calamidades intermedias. La vida de varias generaciones de mexicanos encuentra en el bolero una especie de calendario que marca fechas de felicidad, desasosiego, esperanza, infortunio, desquite y otras no menos importantes de su vida afectiva. Algo más, el bolero está ligado a la desdicha más que a la dicha, a la pérdida que a la posesión, al ultraje que a las buenas maneras.

Es un registro minucioso de la propiedad perdida, un manual de biología amorosa que aloja especímenes posibles pero no comprobables. Es la ilusión que viaja de contrabando o la desesperanza que se desplaza en camarote de primera. Es la sinrazón. Es la bravata, la injuria o la humildad. Es un lenguaje cifrado que gasta la pólvora en infiernos o que moja la pólvora para que no estalle el infierno que lleva dentro. Es verdad y men-

tira, pero una y otra puestas en un contexto más próximo al limbo que al purgatorio. Es, en fin, una tomadura de pelo que permite a los amantes que se sientan simultáneamente ciudadanos réprobos e hijos predilectos del pueblo elegido, a los enamorados primerizos dueños de un tesoro cuyas joyas son cuentas de la más modesta bisutería y a los tímidos seres de excepción cuyo código de conducta por recatado suele ser incomprendido: creen arrojar margaritas a los cerdos sin darse cuenta de que tiran monedas tan obviamente falsas que no aceptan los mendigos.

El bolero es una súplica, un recado, una blasfemia (hasta donde la permite un pueblo fanático como el nuestro) y un guiño cómplice que desprecia lo que en realidad apetece y cree en todo aquello que en el fondo rechaza. El bolero es disidente para los ortodoxos y producto del sistema para aquellos que no se resignan a aceptar que dos y dos suman cuatro. El bolero es una mercancía, una mercancía del corazón, motivo por el cual para unos no tiene precio (es inefable) y para otros cuesta lo que vale el disco.

Si a todo receptor corresponde un emisor, todo ser que sufre tiene como punto de referencia a otro ser capaz de desabrochar la camisa de fuerza del sufrimiento. Así, entre el que sufre y el que hace sufrir se establece un lenguaje de correspondencias, de complicidades. El emi-



Miguel Covarrubias, *Danzón*, s/f

sor conoce perfectamente las debilidades y apetencias de su público y en consonancia con ellas construye un mundo en el que tengan cabida cada uno de los sufrimientos que el público desea escuchar, magnificados o disminuidos, según sus dolencias y según, también, sus actitudes más ardientes. Los que nacieron para perder no desean ganar, y los triunfadores, pese a todos los pesares, seguirán siendo los reyes. De acuerdo con este código los emisores acometen su tarea: acrecentar la infelicidad de los infelices, la esperanza de los ilusos y la buena suerte de los afortunados. Como abundan los primeros y escasean los últimos, el bolero es una canción en la cual se justifica la derrota, se engrandecen los obstáculos y se devalúan las victorias. De acuerdo con esta retórica el amor sin contratiempos es una falacia y el amor prohibido (o negado) la cima del comportamiento de seres verdaderos que viven pasiones duraderas que no tuvieron principio y por eso no tendrán fin.

Entre emisor y receptor se hallan los intérpretes. El intérprete es un emisor, pero un emisor que canta lo que otros han compuesto. Es decir, un emisor en segundo grado. A través de ellos se establece la comunicación entre creador y espectador. Sin ellos el bolero sería letra

muerta. Gracias a su habilidad, a su personalidad, el público recibe lo que necesita escuchar. Y lo recibe de tal modo que el intérprete estará presente en las vivencias que las canciones despiertan en su ánimo, dispuesto a perdonar y a sufrir las consecuencias que ese disco lleva consigo.

La aparente amnistía es el paredón en el cual la vida fusila a todo aquel que no se resigna a ser como los demás mortales: que se rebela, que prefiere morir por su propia mano antes de que lo anule el tedio de la vida, los devaluados amores al alcance de cualquier mortal por pobre que sea.

El bolero es fruta prohibida, desacato a la autoridad moral, pugna contra el destino, rechazo de lo común y corriente (lo cotidiano). Actitud contestataria, pero actitud tan íntima que sólo la percibe aquel (o aquella) que se siente destinatario. Y ese sentimiento entre más intenso es menos duradero.

El bolero es una catarsis momentánea que para resolver complicados sentimientos del alma necesita que surjan nuevos problemas para, así, identificarse con una nueva canción, sentir nuevos dolores que conviertan a quien los padezca en un ser incapaz de alivio y descubridor de nuevas dolencias. Sin estos quebrantos dejarían de escribirse, cantarse y señalarse las infinitas quejas que caben, si se saben acomodar, en un bolero. (1959)

II. LOS HINCHAS Y EL FUTBOL

¿Por qué va la gente al futbol? Esta pregunta tiene varias respuestas. Descarto la deportiva. El público que asiste objetiva e imparcialmente a contemplar las excelencias de un encuentro no me interesa. En ese corto número de personas predomina el cerebro sobre la emotividad. Constituyen sapientes rarezas en las cuales no rigen las frustraciones de las mayorías. Son los enterados, los que no se dejan engañar, los que no crean mitos ni fabrican ídolos.

Me interesa, en cambio, la gente que sabiéndolo o ignorándolo ve el futbol como algo más que un deporte: como un drama. Gente que traspasa la gélida categoría del “enterado” e ingresa, aglutinándose, en el cálido e irracional comportamiento de los “hinchas”. Gente que se conduce a base de intuiciones y desecha, por inoperantes, las certezas. Gente que toma partido, que participa con su algarabía en las acciones que ocurren dentro del terreno de juego. Gente casi siempre inhibida que, sin percatarse de ello, asiste para desfogar las energías que en la vida diaria no tiene ocasión de consumir.

El hincha procede siempre por medio de actos concretos, desconoce el sentido de la abstracción. No es un apasionado del balompié sino de determinado equipo de futbol. No comprende que exista una persona que actúe

fríamente, que racionalice lo que mira. El hincha actúa con premeditada parcialidad. Con evidentes simpatías y antipatías. Todos los atributos positivos son patrimonio de su equipo, todos los defectos los posee el equipo contrario. El hincha, en otras palabras, toma partido, se la juega. Está en las buenas y las malas con los suyos. Conoce y practica la fidelidad. Tiene, por supuesto, momentáneos periodos de duda: la fe, sin embargo, lo salva. Vuelve al redil con la confianza acrecentada. Achaca a la mala suerte la adversidad que, por épocas, se concentra en su equipo. Ni por un instante se le ocurre pensar en la inefectiva manera de jugar de sus ídolos. Algo más: su partidismo se acentúa en las malas rachas por las que atraviesa el equipo. El hincha es hombre de una pieza, ingenuo, crédulo: comulga con ruedas de molino. Siempre está en la línea: es un ortodoxo recalcitrante.

¿Cómo ve el hincha un juego de fútbol? El juego es para él representación de la vida. El teatro es el estadio; el mundo, lo que allí acontece. El primer paso consiste en apostar la vida, su vida. Se salva o condena, gana o pierde. Ha elegido, en principio, libremente. Puede optar entre uno y otro contendientes. Se quedó, sin que nada ni nadie lo coaccionara, con el equipo con el cual cree identificarse. Rueda la bola y comienza su vida. Desde ese momento participa emocionalmente en el incesante ir y venir del balón y los jugadores. Goza y sufre, emplea armas lícitas e ilícitas, toma la ofensiva y, en ratos, se defiende.

El hincha en su afán de ganar solicita imposibles alianzas dentro y fuera de la cancha. Desea que el árbi-

tro vea con buenos ojos la bondad de su causa; reza y llega a prometer futuras mandas al santo de su preferencia. Es un hipersensible que reacciona con violencia ante quien osa no compartir sus sentimientos. Una palabra, un gesto son suficientes para que injurie, para que riña. Deja atrás su familia, como los novios al desposarse adquiere una nueva parentela: la de los hinchas que comparten sus simpatías y antipatías. Su vida dura noventa minutos, los cuales, una vez transcurridos, lo instalan durante una semana en el cielo o el infierno. Se entrega como un poseso al odio o al amor.

Si su equipo triunfa conoce la laxitud del cuerpo, la generosidad del espíritu: perdona a los contrarios y llega, el caso es frecuente, a elogiar sus virtudes. Contemporiza con todo, con todos: será un buen esposo, un buen padre, un amigo excelente. Será a lo largo de siete días un efímero hombre magnánimo. Si en cambio su equipo conoce la derrota su actitud cambia de manera rotunda: el cuerpo y el espíritu se le encogen, se torna hosco, agrio, se le oscurece la razón y amargan los sentimientos, social y familiarmente es un iracundo, un inconforme. Aquél, el hincha triunfador, se comporta como un campesino tras cosecha generosa: parte y reparte sus bienes con liberalidad. Éste, el hincha derrotado, se asemeja en su comportamiento al guerrero desecho en la contienda bélica: es un resentido que trata de tomar venganza. El empate es signo de disgusto para los hinchas de uno y otro bandos: este hecho lo borran de su calendario. Esperan encorajinados el próximo encuentro. (1959)



Pedro Valtierra, *Bandera en el estadio*, 1986

En la lucha libre los espectadores dejan en la puerta de acceso a la arena sus prejuicios e inhibiciones: ya instalados en sus asientos son otros muy distintos, aptos para gritar lo que no se atreven a decir en casa y centros de trabajo y de experimentar lo que no son capaces de sentir y hacer sentir a sus mansas y atolondradas mujeres. Al identificarse con cierto tipo de luchadores apuestan su vida en terrenos tan dispares como los de la ética, la economía y la estética.

Además de ciencia y arte, el deporte es uno de los fenómenos modernos que más se aproximan al significado antiguo del ritual, a la dramatización de algunos de los problemas fundamentales de la existencia humana. En ciertos deportes, por ejemplo la lucha libre, se incide en los terrenos de la ética autoritaria. He aquí cómo y por qué.

Los bandos antagónicos en que se dividen los asistentes muestran la lucha que se entabla en la conciencia del espectador entre el bien (representado por el luchador “limpio” que es, hasta cierto punto, el “héroe”) y el mal (personificado por el “villano”, el luchador “rudo”). En la subconsciencia los asistentes están de acuerdo con las marrullerías de los luchadores salvajes. Es probable que esa aceptación oscura se deba a que ellos simbolizan a un nuevo tipo de Odiseo, rico en recursos lícitos e ilícitos, un Odiseo que cree más en la fuerza que en la astucia.

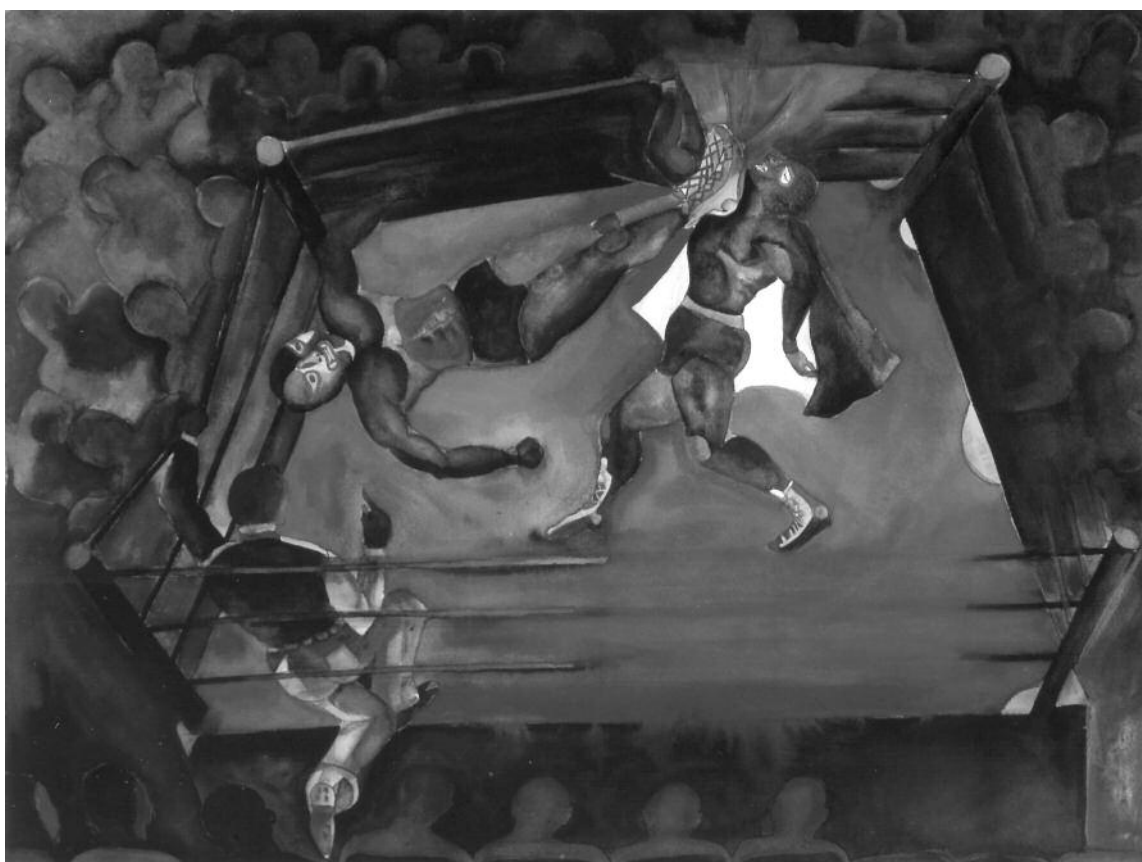
En el fondo al luchador que se apega a las reglas del juego se le desprecia porque pertenece a una clase mo-

ral casi extinta: la del hombre recto, que obra de acuerdo con los más estrictos preceptos de conducta. En forma convencional el espectador aplaude el triunfo del hombre bueno sobre el perverso. Si tal victoria no es factible, como ocurre con frecuencia, también se regocija: la lucha por la vida es libre y en ella todo está permitido, excepto la derrota.

Además de los luchadores “limpios” y “sucios” existe otro tipo, el de los “exóticos”, los extravagantes, los exquisitos, los amanerados, los putos, que suelen comportarse de tal manera que concitan contra sí el odio y el desprecio de los espectadores.

¿Qué simbolizan éticamente los luchadores “exóticos”? Probablemente la burla del machismo si se tienen en cuenta su atuendo, modales y actitud. Pero en el momento en que comienza la lucha son más “machos” que los luchadores despiadados y brutales. Quizá los exóticos personifiquen, en el terreno de las clases sociales, al ser que se siente diferente, que no puede aceptar a los espectadores tal como son (pobres, elementales, lastimosos) y se conduce frente a ellos del mismo modo como se comportaría un explotador ante una masa de explotados. El “exótico” se burla del espectador y éste, a su vez, se mofa de él: le llama degenerado, homosexual.

Por una parte la lucha libre es evasión: puerta por la que se entra a un mundo en el cual existe la violencia en forma recién nacida; por la otra guerra entre el ángel de la guarda y el demonio de cabecera de cada uno de los aficionados. (1959) **u**



Francisco Toledo, *Luchadores*, s/f